

## El príncipe lector The Reader Prince

**Matías Rodeiro**

Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Correo electrónico: matorodeiro@hotmail.com

 ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2409-0253>



**Resumen:** *Este trabajo indaga en la lectura que Horacio González compuso con la obra de Maquiavelo, particularmente con El príncipe.*

**Palabras clave:** *Horacio González, lectura, Maquiavelo, mito, retórica.*

**Abstract:** *This work investigates the reading that Horacio González composed with the work of Machiavelli, particularly with The Prince.*

**Keywords:** *Horacio González, Reading, Machiavelli, Myth, Rhetoric.*

**Fecha de recepción del artículo:** 31/10/2021    **Fecha de aceptación del artículo:** 05/11/2021

**Para citación de este artículo:** Rodeiro, Matías (2021). El príncipe lector. *Anacronismo e Irrupción* 11 (21), 223-244.

## I. Apuntes de obertura

Ya internado, le aplicaron el suero equino. Horacio se dirigió a Liliana como afirmando y preguntando a la vez: “Pero me voy a transformar en un centauro...”. La humorada borró de un plumazo a los equinos más mortales, reservándose para sí un destino mitológico que a su vez expandía una trama simbólica sobre la que uno podría detenerse un rato.

No habría de mutar en uno de los típicos centauros irascibles creados por los dioses para descargar violencias desde su mitad brutal. Más bien nos traería de vuelta a Quirón, aquel que por destino divino sería la excepción, el único centauro bueno entre sus pares bestiales (Falu, 2021).

## II. Apuntes sobre León en Caracas

Durante la soledad del destierro empezando a rumiar la amargura de la derrota; a la intemperie, derrumbados los pilotes de las teorías y agotada la adrenalina que generan las certezas de la acción, sin la comodidad de la biblioteca, sin el auxilio de documentos a la mano para acudir a la cita correcta; acaso con la memoria lectora de su cuerpo, con la memoria de una lectura que se había sedimentado en las fibras de carne de su cuerpo, León Rozitchner, en Caracas, sin brindis, el 31 de diciembre de 1979, en uno de los primeros párrafos del prólogo a la primera edición de uno de sus ensayos del exilio, escribe: *Maquiavelo para comenzar*.

Para comenzar a desmontar a los fundamentos del terror, a despejar las ilusiones y representaciones imaginarias del deber ser, y a develar las reales potencias del contrapoder popular. La “reflexión política” (*El príncipe*) de Maquiavelo es leído por el argentino exiliado como clave descifradora del enigma de la dominación. Popular y libertario,

excluido, relegado y empobrecido, fue desde su retiro solitario donde lo colectivo del poder del pueblo llegó a ser pensando y reafirmado en Maquiavelo. Y pese a que los dominados aún no lo sientan ni lo sepan todavía, él siguió alimentando esta verdad profunda desde su soledad en San Casiano (1998: 12).

En otro de sus ensayos del exilio, León Rozitchner esbozaba una intuición para una metodología: leer implica a un cuerpo que encarne y reanime lo que se lee. “La lectura es una transfusión de sangre cálida, ‘leer es resucitar ideas’” (2012: 22). Ahora bien, ¿quién comienza a repensar *todo* recordando lecturas de Maquiavelo? ¿Un estudioso de su obra? ¿Lo era Rozitchner? ¿Qué sería ser un estudioso? ¿Fue la fortuna de la memoria la que le arrimó la cita para aquel reinicio? La cita maquiaveliana en la situación de Rozitchner, que condensaba a un momento colectivo de la truncada revolución nacional argentina, concita nuestra atención porque pareciera dar indicios de un tipo singular de lectores de Maquiavelo, no solo la de sus “lectores de izquierda” (de Spinoza a Negri, o de Mariano Moreno a Tatián), sino de aquellos que piensan con Maquiavelo más allá de la aplicación, de las citas, de las fórmulas, de los conceptos. Que leen con Maquiavelo desde una “cercanía arrasadora”, como si éste fuera un susurro íntimo en sus conciencias.

En la huella de esa noción de lectura y desde esa suposición de cercanía de trato con un autor. Nos interesa preguntarnos ¿qué significa leer (y pensar) con Maquiavelo para Horacio González?

### III. Apuntes tras la huella de Maquiavelo

“Estimado lector, no te vamos a urgir a esta altura (¿del libro?, ¿de la vida?, ¿de las memorias personales?, ¿de las tuyas?, ¿de las mías?) con una interpretación más sobre el gran Maquiavelo” (2004: 372). Horacio González nos ha legado una serie de escritos, párrafos y fragmentos de escritos sobre Maquiavelo que confluyeron en un ensayo profundo, complejo, poético, misterioso y enigmático:

“Maquiavelo y el problema de la lectura” (2019). Un escrito que nos excede por todos lados. El mismo está compuesto como palimpsesto con partes que se recogen y se suman desde otros escritos y salpican hacia otros; cada uno con su propio efecto de sentido. Entre ellos pudimos rastrear: “Maquiavelo, nombres de conspiradores antiguos” (2004). “Para leer a Maquiavelo” (2012), un posfacio a una relevante edición del clásico de Maquiavelo (prologado, traducido y editado por Ivana Costa y publicado por Colihue); que además tendrá por yapa la glosa de González a cada uno de los capítulos del libro del florentino: “Comentarios a los capítulos de *El Príncipe*” (2012). “La escritura como encarnación del príncipe” (2014). “El folletín argentino. Capítulo 3. La corrupción y el Estado” (2016). “El momento de la izquierda nacional” (2021).

Más allá del empirismo filológico que nos hace reparar en la algo evidente concentración de un par de esas producciones en la anecdótica pero insoslayable efeméride de los 500 años de *El príncipe*. Que por la misma vía nos permite inferir la inclusión de la cuestión Maquiavelo en ensayos abocados a problemáticas más amplias como *Filosofía de la conspiración* (2004). O a sorprendernos con la emergencia del nombre *Maquiavelo* en artículos (“Maquiavelo y el coaching”, 2017) destinados a intervenir en una situación tan específica como la de una votación nacional de medio término (la de 2017). Coyuntura que se atravesaba contrapunteando el nombre de Maquiavelo con el de un mediocre y grotesco fantoche, aunque no por ello menos real y operante en la verdad efectiva.

Decíamos más allá pero también a partir de este somero, no exhaustivo y elemental ejercicio de enumeración de algunos escritos de González; se insinúa cierta dispersión y cierta amplitud de la mancha temática: *Maquiavelo*. Desde allí nos interesaría arriesgar una sospecha: González piensa, conversa y lee con Maquiavelo más de los pudiéramos imaginar y vaya a saber desde cuándo. Pero ¿qué sería leer (y pensar) con Maquiavelo?

#### IV. Apuntes sobre Maquiavelo y sobre la huella de la metáfora del príncipe

Tras la sospecha de su entrañable presencia en la conciencia gonzaliana, recién nos preguntábamos ¿desde cuándo Maquiavelo susurra al pensamiento de González? Por la interpósita mediación de Gramsci –y de algunos gramscianos argentinos– encontramos a Maquiavelo en uno de los pioneros escritos y proyectos editoriales de González (que olvidamos consignar en la enumeración anterior): “Para nosotros, Antonio Gramsci”. Prólogo a *El príncipe moderno y la voluntad nacional-popular* (1972), una compilación y traducción, achurada y cuatrereada por González de la edición las *Notas sobre Maquiavelo, la política y el estado moderno* de Gramsci que habían sido prologadas y traducidas por José Aricó una década antes para la editorial Lautaro y en la órbita de Partido Comunista.

Posible primera aparición significativa del nombre Maquiavelo en la huella gonzaliana, decíamos, mediada por el tamiz de (la querrela por) Gramsci en años picantes de la revolución nacional argentina. En ella, *El príncipe* emergía como meditación sobre el poder y se proyectaba como “estrategia orgánica, completa y total para ocupar el poder” (1972). El príncipe *moderno* fungía como teodolito para preguntarse *cómo deben medirse las fuerzas*, como prisma para leer todas las fuerzas operantes en tensión y disputa: el imperialismo, la oligarquía, las poderosas corporaciones económicas, la dictadura militar (entre el onganato y el lannusismo), la izquierda (gramsciana y no gramsciana) y el peronismo (en sus múltiples variantes: estudiantiles, partidarias, basistas, sindicales, armadas, las de su líder). Y, al mismo tiempo, como vector para la organización hegemónica de las propias fuerzas dispersas, en tanto, “voluntad nacional-popular”.

En la lectura de Gramsci el *moderno* príncipe sería metáfora del *partido revolucionario*. Siendo la cuestión de la metáfora un tema tautológicamente objeto de severas disputas e interpretaciones que no cesan<sup>1</sup>. En la traducción matraera de

<sup>1</sup> En tal sentido pudiéramos mencionar los trabajos de Peter Thomas (2015), así como, algunas réplicas a sus interpretaciones, por ejemplo, las elaboradas por Dal Maso y Rosso (2014). Réplica que por cierto se desplaza hacia una zona de interés que busca literalizar la metáfora para discutir

González, que disputaba lecturas e interpretaciones a los gramscianos argentinos, antes que el *partido*, desde el *movimiento nacional* peronista, desde “nuestras fuerzas en actividad con su horizonte de pensamiento revolucionario, colectivo, proletario” (1972), con sus nociones de descolonización y de violencia popular, y con su líder: “nuestro Viejo General en Batalla”. Se perfilaba la necesidad otro tipo de organización política colectiva. “Su concepto de lo nacional-popular no fue elaborado para los pueblos del Tercer Mundo” (1972).

Por demás de la “metáfora del príncipe”, antes que la compleja relación “entre la mutua correspondencia entre el Líder y un Pueblo” (Alemán, 2021), que desde los vaivenes de miradas entre balcones y plazas o llanos y montes; le hacían decir a Maquiavelo que para conocer la naturaleza de los pueblos es necesario ser príncipe y para conocer a los príncipes es necesario ser del pueblo. Oscilaciones que invitarían a una “ampliación” de la concepción de la metáfora del príncipe como partido hacia experiencias *populistas*. Pero señalábamos que más que fijar la definición de la metáfora en el partido como algún tipo de estrategia o propuesta política organizativa, a González pareciera interesarle su traslación hacia la figuración del *intelectual colectivo*, aquel que permitirá hablar “en nombre de la voluntad nacional popular, definida como un proyecto colectivo e histórico de construcción de un nuevo Estado”. Como una estrategia nacional pero, “que sintetice política, cultura, filosofía y organización popular” (1972).

En ese correrse de la traducción de la metáfora del príncipe como partido, González también parecía destacar como parte del hecho político-cultural del *intelectual colectivo* que al mismo tiempo que organiza y forma a la voluntad colectiva va constituyendo un conocimiento social propio y autónomo; el modo de lectura no lineal ni literal que Gramsci, desde la cárcel y sin el auxilio de documentos a la mano, establecía con *El príncipe* de Maquiavelo. Semejante al que cuestiones directamente político-estratégicas, incluso sobre lo que debería entenderse por partido. Pero que no atiende la reflexión de Thomas acerca de la dimensión retórica de la metáfora del príncipe, particularmente su potencia dramática.

González establecía con Gramsci. A quien leía por fuera de las mímisis modélicas, *denegando* las correctas recepciones de polémicas ajenas y las aplicaciones conceptuales sobre nuestras realidades. “Se trata entonces de no ser gramscianos entre nosotros” (1972).

Lo leía en cambio desde una simpatía reconocida por un guiño de complicidad. “Gramsci vale más por lo que nos permite sospechar que diría antes que por lo que dijo” (1972). Lectura por sospecha o por “síntoma”, Gramsci nos llegaría o se leería como un “síntoma o una percepción que nos roza levemente” (1972). Al borde de la afinidad electiva, “Gramsci está presente [pero] por medio, de una comunidad temática en acción. En Cooke...” (1972). Comunidad temática demarcada por la política, la historia, expresiones de “un antagonismo social que produce acciones efectivas sólo en el plano de las ideologías”, el análisis de la lucha político-militar. Pero sobre todo por dos cuestiones fundamentales, la primera: “Para nosotros, Gramsci tiene una inscripción decidida, en una tarea de reconstrucción del conocimiento en la acción” (1972). Tema que será uno de los temas de González.

Glosando al prólogo de *El príncipe* casi cincuenta años después de haber publicado aquel prólogo sobre cómo leer con Gramsci, González escribiría: “Maquiavelo defiende la idea de que el conocimiento es una acción que se realiza a condición de no asemejarse a lo que se conoce o a lo que ya se es, e incluso siendo lo opuesto” (2019: 67). Comentaba las analogías gnoseológicas entre el príncipe y el pintor que Maquiavelo traza en las primeras líneas de su libro, postulando para el conocimiento en la acción (y la acción del conocimiento) una cruda y material inmanencia a la base de la no correspondencia entre significados y conceptos. El conocimiento como “un acto siempre en presente destinado a romper la ‘aplicación’ de las ideas sobre la realidad” (2019: 67).

Retomando, la segunda cuestión fundamental de aquella “comunidad temática” que acercaba a Gramsci a la Argentina (y a Cooke) era: “la revolución es un acontecimiento nacional” (1972). Lo nacional es su “centro preciso” y “no

complemento”. Y en cualquiera de los casos tanto en Italia como en Argentina todo podía remitirse a “donde podía encontrarse la primera sistematización moderna de la revolución nacional: en el Maquiavelo jacobino, el Maquiavelo educador político del pueblo” (1972). Esa consideración de Gramsci sobre lo nacional<sup>2</sup> enfatizaba un joven González, “surge como una reflexión sobre Maquiavelo”. Una reflexión sobre lo nacional como fracaso, como la “historia de una imposibilidad, en la Italia posterior a la disolución del Imperio Romano, del intento de constituir un Estado Nacional Integrado” (1972).

#### V. Apuntes sobre revoluciones nacionales inconclusas, malas lecturas y un “Gramsci sarmientino”

Fue entre otros Nicolás Casullo (en *Las cuestiones*, 2007) quien destacó al tema de la *revolución nacional fracasada* como sedimento singular de la historia y del pensamiento político-crítico argentino. Sea desde marcas como las que dejó Cooke reflexionando sobre la irrupción de la cultura popular como una manifestación concreta de las luchas de la clase trabajadora; que al generar su propio proyecto hegemónico define al “hecho maldito” como el modo específico en que el peronismo manifiesta su armadura cultural y nacional, como movimiento nacional popular revolucionario, pero interrumpido y derrocado a mediados del siglo XX. O desde las que abrió Sarmiento en su *Facundo* a mediados del siglo XIX identificando al enigma argentino con el de la revolución desfigurada (o preguntándose ¿por qué la revolución se transfiguró en guerra civil?).

<sup>2</sup> Y como bien advierte Sebastián Torres, en Maquiavelo esa reflexión sobre lo nacional comprende incluso hasta la cuestión de la “lengua nacional”. En *Diálogo en torno a nuestra lengua*, nos anoticia Torres sobre un escrito poco conocido de Maquiavelo, frente a los gramáticos puristas que defendían la lengua del Dante y frente a quienes abogaban por el uso de la lengua común utilizada en las cortes; Maquiavelo sostenía que la lengua patria debía ser la “del uso común por el pueblo florentino”. Debido a que esa lengua popular estaría viva: “si bien toma prestados términos y está en permanente cambio, cosa que puede desordenarla, los incorpora a su propio desorden, haciendo del desorden de la lengua algo propio” (Torres, 2019: 142).

Páginas terribles y dramáticas esas primeras de la “Introducción” del *Facundo* (1845) en las que entre medio de los espectros invocados porvenir, muertes trágicas, metamorfosis, encarnaciones de pueblos en hombres con aires de genios; y una Esfinge desafiante (para el autor del libro, para el libro y para el pueblo imaginado lector del libro); aparece el nombre mil veces maldito. “Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo” (1972: 27).

Como bien lo estudia Losada en su *Maquiavelo en la Argentina* (2019), en la larga estela de la maldición liberal de su nombre, la generación del 37 asociaba al de Maquiavelo con el mal, con el jacobinismo, con la soberanía popular, con lo popular, con el despotismo, con la inmoralidad, con la tiranía, con Rosas. *Maquiavelo*. Nombre maldito y maldecido en la historia del pensamiento político occidental, hasta llegar a convertirse en sinónimo del ejercicio del mal sin pasión en la poesía popular porteña: siempre *ha habido [...] maquiavelos y estafáos*. Desde los jesuitas el juicio sobre su nombre se ha adosado como ventosa al lado malo de historia. Esto es a la política, sobre todo, a aquella entendida como ejercicio, disputa y lucha por (con y contra) el poder. Maquiavelo y la también maldita y corrupta política. Maquievelo, política, conflicto y poder. Como advierten Torres (2019), Rinesi y Muraca (2010), igual suerte correrá la palabra hoy maldecida por el *republicanismo* liberal: el populismo. Palabras todas malditas y maldecidas. Palabras que nos arrastran a seguir pensando el Estado y la república popular.

Pero no nos entusiasmemos porque González no avanza por esa senda. Volvamos a nuestra decimonónica maldición liberal de Maquiavelo. Recoge Losada el capítulo “Asociación” del *Dogma socialista* (1846). “La voluntad de un pueblo jamás podrá sancionar como justo lo que es esencialmente injusto. Alegar razones de Estado para cohonestar estos derechos [los del individuo] es introducir el maquiavelismo, y sujetar de hecho a los hombres al desastroso imperio de la fuerza y de arbitrariedad” (Losada, 2019: 24). También mienta una

asociación alberdiana entre Rousseau y Maquiavelo<sup>3</sup> volcada en el *Fragmento preliminar* (1837) que abona el surco de la condena: “Rousseau es tan temible como Maquiavelo: uno por haber hecho la teoría del despotismo de los reyes, otro por haber hecho la teoría del despotismo de los pueblos” (Losada, 2019: 24). Y desde allí se desencadenarán las asociaciones lógicas entre Maquiavelo y Rosas. Escribía Alberdi, “Se conoce bien la táctica de Rosas: es antiquísima y Maquiavelo la formuló en un código que es conocido por todos los tiranos” (Losada, 2019: 26).

Contradictor de la literalidad –al punto de llegar a estilizar y definir a ese modo de leer como: *lectura denegatoria*– y atento a las lecturas *entre líneas*, el profesor González, en sus clases sobre el *Facundo* solía afirmar categóricamente: se trata de un libro maquiaveliano. Sarmiento literalmente podría compartir la condena de sus cófrades de generación al nombre de Maquiavelo y sobre todo al significado del *maquiavelismo*; podía juzgar a los contenidos del libro *El príncipe* como a una perimida obra del pasado bárbaro de la civilización. Pero González leía al *Facundo* como un libro maquiaveliano. Y sospechaba a Sarmiento como un lector entre líneas de *El príncipe*.

No por la apelación a la figura *centáurica* para definir al “tirano”, en su caso mitad tigre, mitad mujer; ni por caracterizar que ese “tirano” habría conquistado su estado por el favor de la fortuna (cierto que por “largos y pasados años”). Aclarando Sarmiento que “la fortuna es ciega, y un día que no acierte a encontrar a su favorito entre el humo denso y la polvareda sofocante de los combates, ¡adiós tirano!” (1972: 32). Tampoco porque esa caída no significaría nada si sólo fuera obra de la fortuna o de las armas y bloqueos extranjeros. Y que por el contrario esa caída debería surgir de la virtud de un pueblo dispuesto al

<sup>3</sup> Nombres que se asocian no solo en la lectura rousseauiana de *El príncipe* como “el libro de los republicanos”, sino también en su confluencia en el traductor y editor *Del contrato social* y por ende también lector (entre líneas) de Maquiavelo, el secretario de la junta revolucionaria de Mayo: Mariano Moreno. Tal y como lo sugirió Diego Tatián (1998 y 2011) en su estudio preliminar a una reedición *Del contrato social*. Abriendo una estela interpretativa, maquiaveliana y republicana popular, del pensamiento de Moreno, que dialoga con y se extiende en trabajos como los de Torres (2003) y De Gori (2012). Los que ponen en tensión a las versiones liberales de nuestros orígenes patrios.

combate y a vencer las dificultades. “El remedio no nos vendrá sólo desde el exterior” (1972: 267). “¡Las dificultades se vencen, las contradicciones se acaban a fuerza de contradecirlas!” (1972: 33).

González particularmente sostenía la hipótesis del *Facundo* como libro maquiaveliano. O, al menos, analógicamente maquiaveliano; porque a su juicio el folletín de Sarmiento estaba escrito con el propósito de organizar hegemónicamente una voluntad para apoderarse de la república y liberarla de las manos de los “bárbaros”. *¡Proteja Dios tus armas, honrado general! ¡Si salvas a la República, nunca hubo gloria como la tuya! ¡A todos apesta este dominio bárbaro!*

El secreto y la clave de la analogía estaba en las exhortaciones finales de *El príncipe* y el *Facundo*. Todos los análisis lógicos, planteados con recursos dramáticos y ficcionales de gran efecto durante la parte antecedente de ambos libros; en sus conclusiones se condensaban y convertían en invocaciones apasionadas y dramáticas de príncipes “realmente existentes”. Incluso invocando ambos intempestivamente la palabra *Dios*. Que en un caso parecía tomar el lugar de la Fortuna y en otro el de la Providencia. Y en ambos señalaba la apertura de los mares para la aparición del *condottiero* concreto: el general Paz en un caso y Lorenzo de Médici en el otro. Sus epílogos “Exhortación a apoderarse de Italia y a liberarla de las manos de los bárbaros” y “Presente y porvenir” iluminaban toda la obra convirtiéndolas en “manifiestos políticos”. Por demás, efectivizar la organización y unificación de aquellas voluntades dispersas, que aludían al estado de sus respectivas naciones (“dispersas, laceradas, saqueadas..”), suponía a esos mismo libros como vectores reformadores de esa nueva voluntad.

En la imaginación política sarmientina su libro de “propósitos de acción inmediata y militante” (Sarmiento, 1972: 275); tendría la virtud de componer esa fuerza vencedora a partir del tegumento que se produciría en la argamasa de lectura y pasión. “Lectores apasionados” serían los sujetos que le darían una forma concreta a sus pasiones a través del libro. Imaginaba Sarmiento a sus

ejemplares pasar furtivamente de mano en mano, por los ojos y las cabezas de los gauchos y soldados, quienes al leer se convertirían en ciudadanos *civilizados*. Imaginaba a ejemplares de su libro peregrinando desde Chile a Buenos Aires, “ajados y despachurrados de puro leídos”. Alguno -quizás como *regalo* de uno de sus secretarios o adulones- llegaría hasta las oficinas del “tirano” (que al comienzo del libro se identificaba con Maquiavelo) que al leerlo caería rendido ante su elocuencia. En ese tránsito descrito por Sarmiento, en la Carta-Prólogo a la segunda edición (1851), su libro se habría convertido ya en “un mito”, habitando incluso hasta en las “hablillas populares” (1972: 275).

En el recuerdo que tenemos de esas clases de González sobre el *Facundo*, aquellas en las que sostenía que era un libro sino inspirado en, análogo a, o *configurado* como *El príncipe*; sobre todo, por aquella exhortación final para liberar a la República de los “bárbaros”. “La retórica de este final conmovedor es el corazón de la exhortación” (2019: 96), escribiría González comentado al capítulo XXVI de *El príncipe*. “En ella [la exhortación], el lector debe conmocionarse moralmente y sentirse envuelto por el texto apelativo. Ser él mismo la carne y el sujeto de esa apelación” (2019: 96). Apelación cuya fuerza además surgiría por producir ella misma (la exhortación), un

hueco en el lenguaje, cuya respuesta es el príncipe que se tiene como libro entre manos y como texto ante los ojos. Y de inmediato, todo en un entrelazamiento vitalista e irresistible, la fuerza apelativa de la escritura va cayendo en el imperativo que deberían asumir los Médici (2019: 96).

González repara en el “hueco” del lenguaje, es decir, en el vacío del significante que criticaría lo dado y anunciaría lo nuevo.

Y ya plenamente desde la mediación gramsciana, la hipótesis gonzaliana de las configuraciones análogas se trazaba porque Maquiavelo y Sarmiento concebirían a sus libros como instancias necesarias para transformarse en una voluntad política colectiva, a través de la lectura y del mito. Al final de sus libros, Maquiavelo, Sarmiento y sus libros, se volvían pueblos, se confundían con el

pueblo; con los pueblos que ellos mismos habrían convencido con sus libros. El *libro viviente* es el “educador de las masas”. *El príncipe* (y el *Facundo*) como *libro viviente*.

El *libro viviente* para González es “el libro que al leerse conmueve al lector y lo convierte también en un viviente libro. ¿Hay un libro, un lector así? El encarcelado [Gramsci] lo imagina en su ergástula, allí donde mejor puede imaginarse” (2019: 67). Aunque, González aclara, “sabemos que el príncipe no es el pueblo”, por eso “entendemos hasta qué punto Gramsci modifica esta perspectiva, y revoluciona la lectura de *El príncipe* al hacerlo surgir no como una entelequia anterior al pueblo, sino a partir de su mismo contorno pasional, como mito conjugado entre dos hemisferios, pueblo y príncipe” (2019: 76).

La figura metafórica del *libro viviente* fue construida por Gramsci a través de un acto de lectura radicalizado. *El príncipe* de Maquiavelo, nos dice, “podría ser estudiado como una ejemplificación histórica del ‘mito’ soreliano” (Gramsci: 1972: 10). ¿Cómo se llega ahí? ¿Cómo se llega a leer (a estudiar) así a Maquiavelo? ¿Cómo se transporta o traslada la reflexión sobre un objeto de la intuición como el libro *El príncipe* a otra instancia completamente distinta como el mito o el libro viviente, y a la cual no podría corresponderle directamente esa intuición?

Ese estilo de reflexión solo puede acontecer desde la concepción del príncipe en tanto metáfora. Y no: escribir con metáforas “para encubrir la mirada aguda del carcelero”. Para la lectura gonzaliana de Gramsci, esa “metáfora es una forma de explorar la reconstrucción de la teoría y su aspecto filológico” (2013). “Metáfora dramática” la denomina Peter Thomas quien además sugiere que la principal virtud de la metáfora maquiaveliana de Gramsci sobre *El príncipe* es (incluso por encima de la cuestión de la autonomía de la política, marcada por Croce) descubrir la “traducibilidad” de la política. Su traducibilidad (noción que Gramsci emparenta con la filosofía de la praxis) entre otras formas hacia las formas dramáticas. La potencia de la metáfora del príncipe (“que captura vívidamente sus formas necesariamente vibrantes”) estaría en la inmanencia de

su forma dramática, enfatizada por el “dramaturgo y político” Maquiavelo y captada por el “crítico de teatro” y “revolucionario profesional” Gramsci (Thomas: 2015).

González comparte esos juicios. Y sostiene que para Gramsci el mito es una “fórmula de lectura” de *El príncipe* y de cualquier libro. Un estilo de lectura y pensamiento que “presupone un movimiento del lector hacia la condensación dramática de lo que lee”. Por lo tanto supone un “aspecto teatral”. Para González “Gramsci es un autor teatral. El teatro es lo que le interesa como a Maquiavelo”. El teatro es la función dramática que ejerce el personaje llamado el príncipe sobre el lector. De modo de agrupar las piezas dispersas y de generar una atmósfera de totalidad frente a un conjunto atomizado de hechos. A eso llama Gramsci “aspecto dramático de la lectura” (González, 2013).

Clave dramática a partir de la cual Maquiavelo habría compuesto *El príncipe* (sobre todo en su epílogo, subraya Thomas) y Gramsci su traducción o “re-escenificación”. Drama que, a través de la catarsis lectora, vía *anagnórisis*, transformaría al disperso pueblo lector de *El príncipe* en sujeto consciente de sí. De repente el pueblo se da cuenta de que a lo largo del libro solo se ha estado observando a sí mismo. *El príncipe* se convierte en una “autorreflexión del pueblo”. En su misma estructura dramática el libro revela el proceso de liberación que el protagonista del libro ha sido llamado a realizar. El pueblo descubre que la *personificación* del Príncipe no era una mera descripción “utópica” o “doctrinaria”, sino la “fantasía concreta” de “sus propias capacidades realmente existentes, sobre todo, para la autoliberación y el autogobierno” (Thomas, 2015).

*Libro viviente*. La figura repica con gusto en la conciencia gonzaliana y sobre ella medita: se trata de la “denominación con la que Gramsci lo saca [a *El príncipe*] de la lectura de gabinete y lo dispone para el lector que apenas sospecha que lee su vida en él” (González, 2019: 65).

Pia López y Guillermo Korn lamentan que González no hubiera accedido a publicar “Para nosotros, Antonio Gramsci” en la compilación *La palabra encarnada* (González: 2021). Medio siglo transcurrido, González renegaba de ese texto. Aunque las paradojas de la acción sobre las que tanto meditara hicieron lo suyo y ese prólogo terminó traducido al italiano y se convirtió en un libro *Il nostro Gramsci* (2019) prologado por Pasquale Serra. Como pura especulación arriesgamos que en las consideraciones sobre *El príncipe* como libro *viviente* posteriores a su renegado prólogo de 1972, González desplaza su anclaje de la Italia maquiaveliana, “donde podía encontrarse la primera sistematización moderna de la revolución nacional”, para, sin sacar de Italia a su lector Gramsci, remontarlo en la tradición romana hasta la de la retórica ciceroniana.

Sobre el Gramsci retórico y filólogo, González se explaya en una intervención en una jornada de la *Semana de estudios gramscianos en Argentina*. “Entendiendo por filólogo *la intensidad del leer*. Así lo dice Nietzsche” (2013). Y ese desplazamiento (de tradiciones) también se evidencia en parte de la diputa por la interpretación de *El príncipe* como metáfora. Decía González en aquella jornadas gramscianas,

en la recopilación de Togliatti se dice que el príncipe, el moderno príncipe, se sugiere es el partido. Y así lo sostiene el traductor en nota al pie de página, en ese caso es Aricó. ‘Es el partido, es el partido’. Pero no es exactamente el partido (2013).

Y se explaya, “hay expresiones de Gramsci que no permiten suponer que el ideal orgánico de príncipe se refugia en el partido”. Por ejemplo, “cuando dice *la estructura del trabajo* debe estar compuesto de tal o cual cosa. Primero un análisis del jacobinismo, después de la reforma moral intelectual. El *trabajo*, la *estructura de este trabajo*. Está hablando de un futuro libro” (2013).

Sobre el asunto, Korn y López reflexionan, “a diferencia de la mayoría de sus exégetas que entienden que el nuevo príncipe es la vestidura metafórica para hablar del partido comunista”, González “muestra que es partido pero también

libro, que para el encarcelado italiano *El príncipe* era libro-mito, capaz de intervenir en la vida política, afectando las acciones de las personas”. Por lo tanto, se trataba, “no solo de suplantar al viejo príncipe con el partido, sino también de escribir otra vez *El príncipe*, ahora Nuevo príncipe” (Korn-López: 2021: 32).

Escribe González “Antonio Gramsci imaginó que la teoría moderna del partido y de la escritura podía inspirarse en el arcaico pero siempre contemporáneo mito del príncipe (2019: 52). González extiende entonces la metáfora del *príncipe* como partido al *príncipe* como escritura. “La escritura como encarnación del príncipe” (2014) se titulará otra de sus variaciones *maquiavelianas* que desaguará en “Maquiavelo y el problema de la lectura” (2019).

*Escritura, libro-mito, lectura, encarnación* son las estaciones por las que González pareciera transitar (¿o habitar?) la metáfora del *príncipe* como encarnación del enigma de lo político. “Develar el enigma de la política –apuntan Korn y López– es atender a su nervadura conceptual y a su materialidad lingüística” (2021: 33). *Escritura, libro-mito, metáfora, lectura, encarnación*; también son eslabones de su manera de pensar a través de (su manera de pensar) la retórica; tradición hacia la cual también había llevado a su Gramsci. “Que se parece más a Cicerón”, y que con Nietzsche piensa a través metáforas o que “todo lenguaje es metáfora” (2013).

## VI. Apuntes sobre Maquiavelo, política y retórica

“Es que podemos decir que Maquiavelo escribe en un plano de ficción, en el que todo podría aseverarse con ajenidad a cualquier cortapisa moral (González, 2019: 70-71)”. Y por *plano de ficción* no deberíamos traducir invención ni composición literaria, sino quizás y otra vez, eslabones retóricos: *escritura, libro-mito, metáfora, lectura, encarnación*. Pero su lectura retórica no es solo de procedimientos. “Maquiavelo nunca nos deja creer que actúa asumiendo un único punto de vista. Su texto cambia de manos repentinamente, como si lo hubiera tomado en un

golpe de efecto otro poder gramatical, pronominal o sintáctico” (González: 2017). Se trata de una retórica especulativa.

“El príncipe es el personaje de este texto, quién lleva el nombre de lo que Maquiavelo escribe *en este presente en el cual el lector lee*” (González, 2019: 62). Personaje-metáfora, cuya única posibilidad es presentarse como ficción, como artificio retórico. Es “el príncipe quién funda su propia figura de papel, su figura encarnada en frases por momentos pleróicas de astucia, por momentos pendiendo de un vacío que las absorbe, y aparece en el texto como un *a priori radical*” (2019: 62). Y aquí el golpe de billar que debería aclararlo todo. González dice que Maquiavelo escribe en un plano de ficción, justamente porque “la materia de sus escritos es de tal nervadura, que su evidente configuración ficcional –de la que tanto partido sacaría Gramsci, no trata de otra cosa que de lo político–”. Lo político que concebido como cuerpo retórico “está preparado siempre para intervenir y plasmar (y ser él mismo) la realidad histórica” (2019: 70-71).

Comentando el *Perón* de González, al boleo y con destreza gaucha, Eduardo Rinesi atrapa la huidiza concepción de la retórica en González:

No es solo una teoría de la elocuencia o de la persuasión: es una filosofía del movimiento entero del ser dentro de los límites absolutos del lenguaje. Frente a ella, *contra* ella, la escasez de la historia, la escasez de lo *práctico inerte* de la historia, es “lo bruto sin palabras, lo violento sin metáforas, la naturaleza sin imaginación, lo catastrófico sin aviso ni poética” [...] La retórica querría dominar y hasta suplantar la historia, volverla un pliegue interno de su propio plexo de palabras. Pero la historia, con su carga de conflictos excedentes respecto a la capacidad de las palabras para someterlos, se resiste (Rinesi, 2019: 19).

## VII. Apuntes sobre Maquiavelo, sobre la conciencia o sobre el infinito (de la lectura)

*El príncipe en la escritura y la lectura*, lo que se podría traducir como lo político-intelectual en la escritura y la lectura; creemos sería una de las claves para poder cruzar el umbral hacia a ese profundo, enigmático y complejo ensayo que González tituló como: “Maquiavelo y el problema de la lectura” (2019). Que insistimos, nos excede y nos desborda por todos lados.

Si como sostiene Torres, Maquiavelo llamó “nuevo príncipe” a “pensar la acción en ausencia de condiciones” (2019: 142). González pareciera querer decirnos que pensar es leer. Que se lee en ausencia de condiciones y que eso se aprendería leyendo *El príncipe* de Maquiavelo. Que la tensión trágica entre fortuna y *virtú* habita y se decide al interior del acto de lectura. Que leer implica “fundar un nuevo concepto de lectura”. Que “nosotros, lectores, somos los lectores de este presente nuestro. Pero de alguna manera somos también atemporales”. Que leer-pensar es un

acto siempre en presente destinado a romper la ‘aplicación’ de las ideas sobre la realidad, creando así la propia noción de tiempo, que no es otra cosa que la continua marcha de la realidad a través de las ideas que va destrozando por dentro (2019: 62).

Y así, *El príncipe* también se convierte en “una forma del conocimiento (y de conocimiento sobre el conocimiento)” (2019: 62). En “una memoria que nunca está en descanso” (2019: 78). En “alguien que existe *previamente* a todo: al pueblo y al intelectual (2019: 75). Que *El príncipe* “es el libro que mira, es el príncipe mirado y que a la vez mira con la mirada de Maquiavelo, que lo ha informado de vida” (2019: 69). Y que *El príncipe* “va desde la intimidad en la que Maquiavelo analiza su propia conciencia hasta este manual que le dedica a Lorenzo de Médici (y que el lector ahora lee)” (2019: 75).

Ya mareados no nos queda claro si *El príncipe* es metáfora o una categoría interior del ser político (un “a priori radical”). Acaso sea una metáfora que lo

fusiona todo, “metáfora absoluta”, del estilo de esas que, como los mitos, desde el fondo precategorial de nuestros mundos de la vida, de la imaginación y del lenguaje; acuñamos para intentar comprendernos e interpretarnos.

Decíamos que Maquiavelo y el problema de la locura es un ensayo complejo, enigmático. En el que el nombre de Maquiavelo a través de *El príncipe* de pronto pareciera convertirse en una puerta hacia la intimidad de González, “es su propia conciencia analizada”. De una investigación sobre la metáfora del príncipe a una investigación sobre la conciencia del príncipe. También por la vía de la retórica. Tras analizar la lógica de escisiones de los razonamientos de Maquiavelo (“lógica paraconsistente”), al tratar sobre el *ego* del príncipe, escribe González: “Es adecuado señalar aquí el peso retórico del texto, pues queda recubierto con el clima nocturnal que funda la conciencia del príncipe y lo declara hijo ofuscado pero orgulloso del fingimiento” (2019: 91). La conciencia del Príncipe queda encadenada, presa “de las palabras que no cumple y de las palabras con las que encubre lo que no piensa” (2019: 91).

La conciencia, lo sabemos, nunca es propia, está rota, desgarrada, está siempre acechada (y ¿salvada?) por “una terceridad”. Pero ahí pareciera estar. Y “destrozada” y todo González no la abandona (¿será por considerarla el último reducto del humanismo?).

Es cierto, González también lee *El príncipe* como esa obra clásica que enunció consideraciones políticas antes no escuchadas, que percibe la trama desesperante de la política y a sus protagonistas “rondando todas las paradojas del tiempo y la decisión”. Que comprende que el conflicto es la forma viva de la política y “lo único que garantiza ejercer y comprender un poder”. Es decir, lee-piensa-escribe con Maquiavelo el ser de lo político, el tiempo, las paradojas de la acción (o dicho rinesianamente: la tragedia de la acción y la tragedia de los valores), las pasiones públicas, con énfasis a los lectores de Maquiavelo (que desde sus lecturas elaboraron teorías de la lectura: Gramsci, Lefort, Strauss, Althusser), el poder, las formas de gobierno, las relaciones entre intelectuales-

príncipes-pueblos. Pero pareciera que lo que González persigue en esta ¿lectura metafísica de *El príncipe*? La Cosa que persigue es algo tan clásico y moderno como la conciencia, pero la “conciencia lectora” y en su “raíz textual”.

Quando el lector que lee *El príncipe* comprueba que está leyendo un gran mito, encontrará una razón decisiva para su lectura, cual es la de llegar al confín de su propia capacidad de actuar en el interior de los grandes desafíos morales que sacuden el alma y una de las dimensiones fundamentales del sujeto: su raíz textual, su orden de palabras dormidas, libertinas o angustiosas en su conciencia lectora (González, 2019: 64).

Desde ahí pareciera González leer y pensar con Maquiavelo. El “príncipe es como una terceridad, un extraño infinito que sin que sepamos cómo, de pronto lo vemos hablando como Maquiavelo y con nosotros mismos, en una cercanía arrasadora”, en el infinito de la lectura.

## Bibliografía

- Alemán, Jorge. “Lo Nacional y Popular maquiaveliano y las derechas”. *Página 12*, 23 de agosto de 2021.
- Casullo, Nicolás. *Las cuestiones*. Buenos Aires, FCE, 2007
- Dal Maso, Juan y Rosso, Fernando. “La hegemonía light de las ‘nuevas izquierdas’. Acerca de Peter D. Thomas y la actualidad de Gramsci”. *Ideas de izquierda. Revista de Política y Cultura*, 2014.
- De Gori, Esteban. *La república patriota: Travesía de los imaginarios y de los lenguajes políticos en el pensamiento de Mariano Moreno*. Buenos Aires, Eudeba, 2012.
- Falú, Juan, “De luces y centauros”. *eEldiarioAr*, 27 de junio de 2021.
- González, Horacio. “Para nosotros, Antonio Gramsci”. Gramsci, Antonio. *El príncipe moderno y la voluntad nacional-popular*. Buenos Aires, Ediciones Puente Alsina, 1972.
- González, Horacio. “Maquiavelo, nombres de conspiradores antiguos”. *Filosofía de la Conspiración*, Buenos Aires, Colihue, 2004, pp. 371-374.
- González, Horacio. “Para leer a Maquiavelo”. Maquiavelo, Nicolás. *El príncipe*. Buenos Aires, Colihue, 2012, pp. 145-160

- González, Horacio. “Comentarios a los capítulos de *El Príncipe*”. Maquiavelo, Nicolás. *El príncipe*. Buenos Aires, Colihue, 2012, pp. 163-336.
- González, Horacio. “Crisis y hegemonía en tiempos de Gramsci y en los nuestros”. *Semana de Estudios Gramscianos en Argentina.*, 2013. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=fzi5EPqBSBE>
- González, Horacio. “La escritura como encarnación del príncipe”. *Variaciones sobre Maquiavelo A 500 años de El príncipe*. Comp. Julia Smola y Gabriel Vommaro. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2014. pp. 15-28.
- González, Horacio, “El folletín argentino. Capítulo 3. La corrupción y el Estado”. *Revista La Tecl@Eñe*. Buenos Aires, 5 de febrero de 2016.
- González, Horacio. “Maquiavelo y el coaching”. *Revista La Tecl@Eñe*. Buenos Aires, 1 de julio, 2017.
- González, Horacio. “Maquiavelo y el problema de la lectura”. *Papel Máquina. Revista de cultura*, N° 13, Año 11 (diciembre 2019, pp. 51-98).
- Gramsci, Antonio. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva visión, Buenos Aires, 1972.
- Korn, Guillermo y López, María Pia, “Oficio y perseverancia: el ensayo como método”. *La palabra encarnada. Ensayo, política y nación. Textos reunidos de Horacio González (1985-2019)*. CLACSO, Buenos Aires, 2021.
- Losada, Leandro. *Maquiavelo en la Argentina*. Usos y lecturas, 1830-1940. Katz. Buenos Aires, 2019
- Muraca, Matías y Rinesi Eduardo. “Populismo y república. Algunos apuntes sobre un debate actual”. *Si este no es el pueblo. Hegemonía, populismo y democracia*. Comp. Rinesi, Vommaro, Muraca, Los Polvorines, UNGS-IEC, 2010, pp. 59-74.
- Rinesi, Eduardo. “Perón y el peronismo en la obra de Horacio González”. *Papel Máquina. Revista de cultura*, N° 13, Año 11 (diciembre, 2019, pp. 15-30).
- Rozitchner, León. *Perón entre la sangre y el tiempo I. Del duelo a la política: Freud y Clausewitz*. Buenos Aires, Catálogos, 1998.
- Rozitchner, León. *Filosofía y emancipación. Simón Rodríguez: el triunfo de un fracaso ejemplar*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1972) *Facundo*. UNAM, México D. F., 1972.
- Tatián, Diego. “Nota preliminar a la edición facsimilar realizada por Mariano Moreno *Del contrato social o principios del derecho político*”. *Del contrato social*. Juan Jacobo Rousseau, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 1998.
- Tatián, Diego. “Prólogo”. *Del contrato social*. Juan Jacobo Rousseau, UNC-UNGS, 2011, pp. 7-19.
- Tatián Diego. “La izquierda maquiaveliana”. *Variaciones sobre Maquiavelo. A 500 años de El príncipe*. Comp. Julia Smola y Gabriel Vommaro, Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2014.2014, pp. 117-132.

- Thomas, Peter. “Gramsci’s Machiavellian Metaphor. Restaging The Prince”. *The Radical Machiavelli: Politics, Philosophy and Language*. Eds. Del Lucchese, Filippo, Morfino, Vittorio y Frosini, Fabio. Leiden: Brill. 2015. pp. 440 - 455.
- Torres, Sebastián, “Tiempo de violencia o violencia del tiempo: ¿el momento maquiaveliano en el Río de la Plata?”. *Nombres*, 18, 2003.
- Torres, Sebastián, “Nombres malditos: Maquiavelismo y populismo”. *Populismo razones y pasiones*. Comp. Carozzi, Silvana, Davilo, Beatriz, Giani, Juan José. Rosario, Paso de los Libres, 2019, pp. 135-142.